

ALFRED  
**HITCHCOCK**

PRESENTA

FUE UN CRIMEN MARAVILLOSO



Cuando la mayoría de la gente se va de vacaciones, busca paz y tranquilidad. Otros prefieren esquiar, pescar o jugar al tenis. Pero cuando Hitchcock se marcha de vacaciones, se dirige a las exóticas playas del mal y se dedica a desenterrar siniestros secretos. De modo que si éste es el tipo de viaje que usted prefiere, el maestro de lo macabro le invita a que lo acompañe en sus diversiones diabólicas y juegos espeluznantes proporcionados por los mejores narradores del género de misterio.

## ÍNDICE

### Prólogo

1. Una mirada a la madre naturaleza - Frank Sisk
2. Trabajo nocturno - James Holding
3. Crucero de luna de miel - Richard Deming
4. Un ataúd para Bertha Stetterson - Donald Honig
5. El Diablo de Jersey - Edward Hoch
6. El apartamento sobre el garaje - Joyce Harrington
7. Agotamiento - Clayton Matthews
8. Otra solución - Robert Colby
9. El científico y el Rembrandt robado - Arthur Porges
10. Asesinato en la luna de miel - C. B. Gilford
11. Un galón de gasolina - William Brittain
12. El teléfono mortal - Henry Slesar
13. Refuerzo de personalidad - Richard O. Lewis
14. En memoria de Martha - Richard Hardwick

## Prólogo

No hace mucho tiempo, cierto día que llegaba a un estudio cinematográfico para entrevistarme con uno de los directivos, me encontré a un viejo amigo, un actor que se presentaba a una prueba de selección. Ocultaré su verdadera identidad, y eventualmente su reputación. Me referiré a él como Fred, y agregaré que el papel al que optaba correspondía a la secuencia del «Empire State Building», en una nueva versión de la película *King Kong*.

De cualquier manera, Fred estaba muy animado. Según me contó, hace meses que no trabajaba; pero tenía plena confianza en conseguir este papel. Su seguridad provenía de lo que el horóscopo le había predicho para el día de hoy. De acuerdo con los astros, durante esta jornada él iba a «encontrar la felicidad y el éxito en todos los aspectos de su vida». Como creía a ciegas en el hecho de que los cuerpos celestes podían determinar el curso de los asuntos humanos, estaba convencido de que hoy sería el día más afortunado de toda su vida.

Debido a mi carácter escéptico, intenté que Fred fuera más realista, con la esperanza de ahorrarle una tremenda depresión si no conseguía participar en la película. Le hice notar que con un solo par de ojos quizá le resultara difícil representar a todas las ventanas del «Empire State Building». No se desanimó lo más mínimo. Tan convencido estaba de la infalibilidad de su horóscopo, que creía poder conseguir el papel aunque se presentara a la audición con los ojos vendados.

Durante el transcurso de mis visitas, pude comprobar que las entrevistas se orientaban cada vez hacia una charla sobre astrología que sobre negocios. El primer directivo que me recibió, la persona encargada de elegir el tipo de letra para la palabra «fin», que aparecía al final de las películas producidas por el estudio, también creía en la influencia de los astros. Me mostró una carta hecha por su astrólogo, en la cual le daba instrucciones para cada día de ese año. Aquella jornada, en particular, debía evitar todo contacto con personas que hubiesen estado cerca de Columbus, en el Estado de Ohio, el día seis de agosto de 1945, fecha en la que se bombardeó Hiroshima. Sin pensarlo, le confesé que yo era una de aquellas personas. Por supuesto, esto dio por finalizada nuestra entrevista. El directivo se zambulló debajo de su escritorio gritando «fin», negándose a seguir tratando conmigo.

Al abandonar su oficina, me parecía que todo esto de la astrología no era más que una bobada. Sin embargo, pronto fui persuadido de que también podía ser peligroso. Por un amigo de Fred me enteré de que éste había sufrido una terrible tragedia personal. Por lo visto, su esposa, a quien él adoraba, al sacar por la mañana la basura resbaló al pisar una hoja húmeda y se cayó dentro del compresor de los desperdicios, quedando reducida al tamaño de un disco de goma de los que se utilizan en *hockey* sobre hielo. Me imagino lo que esto significaría para Fred, quien esperaba tener el mejor de los días. Con esta preocupación, era muy posible que se olvidara de que su cabeza y cuello representaban una torre con mirador y fracasara en su interpretación del «Empire State Building».

Como suele ocurrir en estos casos, una coincidencia da pie a la otra. El siguiente directivo con el cual me entrevisté, un caballero encargado de las estampidas de ganado para las películas de vaqueros, también era un creyente de la omnipotencia de los astros. Su horóscopo le advertía guardarse de los desconocidos misteriosos. Sabedor de mi

relación con los enigmas y considerando algunos de ellos lo suficientemente extraños, decidió no correr ningún riesgo. Insistió en llevar a cabo nuestra reunión desde la seguridad que le otorgaba su cuarto de baño privado, con la puerta cerrada de por medio.

Este obstáculo hizo que la conversación fuera casi imposible. Mientras yo intentaba explicarle que había solicitado la entrevista para instarle a que mantuviera sus estampidas de ganado lejos de mi plato, una reconstrucción del tocador de Catalina de Médicis, él no dejaba de prometerme más toros y menos vaquillas. Finalmente decidimos posponer la reunión hasta el día siguiente, en que los astros le presagiaban que aquel misterioso desconocido no sería para él una amenaza.

Cuando estaba saliendo de la oficina del directivo, me enteré de otros infortunios que había sufrido Fred. Mientras su esposa se encontraba en el quirófano, donde la estaban estirando para que volviese a su tamaño natural, al que tenía antes del infeliz encuentro con el compresor de basura, la casa comenzó a incendiarse, y los bomberos, en un acceso de eficacia, la redujeron a los cimientos. Encima de todo esto, su hija única le telefoneó informándole que se había fugado con el percusionista de un grupo de rock.

Al rato de enterarme de las nuevas, volví a tropezar con Fred. Sus ojos tenían un aspecto vidrioso; parecía encontrarse en un estado de conmoción. Me temo que yo actué como un crítico muy severo. En vez de consolarle, le eché en cara el haber confiado su destino a los astros, haciéndole ver que, en lugar de hacerle encontrar la felicidad y el éxito en cada aspecto de su vida, como le habían predicho, aquel día sólo había padecido desgracia tras desgracia.

Sin embargo, estaba en un error en cuanto a su estado. No era conmoción, como me había parecido, sino euforia.

—¿Qué quieres decir con desgracia? —me replicó—. ¡Si he conseguido el papel!

Fred era el hombre más feliz de la Tierra.

Evidentemente, para los creyentes verdaderos, tanto la suerte como la belleza se encontraban en una visión muy peculiar de la realidad. Para Fred los astros le habían vaticinado con exactitud la suerte de aquel día.

Ahora, yo les propongo a todos los verdaderos creyentes y escépticos que presten atención a los siguientes relatos escalofriantes, con la seguridad de que unos y otros se verán cautivados por su extraordinaria perfección.

ALFRED HITCHCOCK

# 1. UNA MIRADA A LA MADRE NATURALEZA

FRANK SISK

A Waxy Lustig le desagradaba todo de aquel alguacil. No le gustaba el sucio sombrero panamá que el pelmazo llevaba puesto y aún menos su forma de usarlo, en ángulo recto sobre la cabeza. Este polizonte era un verdadero paleta, venido directamente da la Baja Slobovia.

—Anímate un poco, cuesta arriba pasaremos por la laguna Spadefoot —dijo el alguacil, arrastrando las palabras—. A la derecha de la carretera. Un lago más que una laguna.

—¿De veras? —dijo Waxy desde el asiento trasero, esposado a una barra de acero fijada al suelo. Tampoco soportaba la monótona pronunciación del alguacil ni su charla insustancial.

—Salvo la vieja Spadefoot, no existe a menos de dos días en coche o de dos semanas de marcha, otro espejo de agua en el que se pueda pescar una auténtica trucha moteada. Te lo puedo garantizar.

—Sí, sí —repuso Waxy con irritación.

El alguacil mascó su asqueroso trozo de tabaco.

—Bichos grandes, estas truchas. Prefieren las aguas frías; frías y rápidas. Por eso, en la Spadefoot sólo es posible encontrarlas muy al Sur. He oído decir que se alimentan

en aguas profundas, puro hielo, capaz de congelar los nudillos de la mano de un hombre. Te lo aseguro.

Waxy tenía ganas de que aquella maldita cantinela se acabara de una vez.

—Y eso es lo que hace que estas truchas crezcan tan grandes y vivarachas —continuó el alguacil con lentitud—. Aguas realmente heladas. Hace algunas semanas atrapé un ejemplar magnífico, que limpio y sin escamas pesaba más de tres kilos. Jamás he hincado el diente en una carne tan fina. Tan cierto como el Evangelio.

—No me agrada el pescado —repuso Waxy.

—Tú te lo pierdes —comentó el alguacil—. Allí está la Spadefoot, escondida al costado de aquel pequeño bosque de pinos. Tiene unos ocho kilómetros de ancho y hasta el último metro cúbico de agua se conserva tan limpio y puro como el día en que el buen Dios la creó. Lustig, es muy difícil que vuelvas a ver un paisaje tan precioso como éste durante mucho tiempo. Lo cual, en tu caso, significa ahora o nunca. Sí, señor, ahora o *nunca*.

—Muchas gracias —respondió Waxy con sarcasmo—. Debe estar intentando que le trasladen a la Cámara de Comercio del distrito.

El alguacil, con un gesto premeditado, volvió despacio hacia la izquierda su rostro mal afeitado y escupió juego de tabaco por la ventanilla abierta, en la refrescante brisa de la mañana. Ésta era otra de las cosas que le desagradaban a Waxy, su maldita manía de mascar y salivar. Cada vez que el muy imbécil escupía, que era cada cuatro o cinco minutos, la brisa que entraba por la ventanilla trasera traía un ligero rocío que le salpicaba a él en la mejilla izquierda. ¡Si era hijo de puta!

—Diablos, Lustig —siguió hablando el alguacil—, deberías estar muy agradecido por una excursión como ésta. No todos los presidiarios tienen la oportunidad de disfrutar de la madre naturaleza en el traslado de una celda a otra. Si yo estuviera en tu lugar, muchacho, me llenaría los pulmo-

nes de este aire puro y fijaría mis ojos marchitos en toda cosa creada por Dios que estuviera al alcance de mi vista. Miraría las cercas, los postes de teléfono y los edificios; alzaría mis ojos cansados hacia el cielo para contar las nubes y le daría una última ojeada al bosque de pinos, contando hasta el último de sus árboles y hasta la más pequeña brizna de hierba. Sí, señor, si yo estuviera en tu lugar me saturaría de este regalo de la madre Naturaleza, antes de que la ley me encerrara de nuevo bajo llave entre cemento y rejas.

—De lo que estoy saturado es de usted, Homer —dijo Waxy.

—Mi nombre no es Homer.

—Bien, entonces Clyde.

—Tampoco Clyde. Si hubieras sido sólo la mitad de listo de lo que te crees, Lustig, te habrías dado cuenta de que cuando te estaba esposando en la prisión estatal, llevaba escrito mi nombre en el bolsillo de la camisa. Y estoy orgulloso de llevarlo. Allí decía Floyd T. Herrington. Y ése ha sido mi nombre desde que era tan pequeño como un gorgojo: Floyd T. Herrington.

—¿Y la T qué significa? ¿Temperamental?

—Significa Thomas, eso es lo único que quiere significar. Fui bautizado con ese nombre en honor al hermano menor de mi papaíto, a quien hicieron trizas en Francia durante la Primera Guerra Mundial.

El alguacil mascó meditativo su trozo de tabaco. Al cabo de un rato dijo:

—El tío Thomas... Nunca lo vi. Ni siquiera en fotografía, y aquí me tienen llevando su nombre. Es gracioso cómo los nombres se pasan de unos a otros.

—Tan gracioso como una muleta.

—Por ejemplo, la vieja laguna Spadefoot. De chaval creía que le habían puesto ese nombre por alguna tribu de indios. Por aquí, muchos lugares llevaban nombres indios: Tallahatchie, Tangipahoa, Natchez, Yazoo... Así que un cha-

val estaba casi obligado a figurarse que todo pozo de agua que no se llamara Smith o Jones debía de provenir de los indios. De cualquier modo, así era como yo pensaba en aquel entonces.

—Buen razonamiento, Floyd.

—Mi papaíto era formidable contando cuentos de indios. En su juventud vagabundeo bastante y llegó a conocer todo tipo de personas, hasta indios del Norte. Le oí hablar de los Flathead y los Blackfoot antes de aprender a disparar. Yo creí que los Spadefoot eran los primos sureños de los Blackfoot. Pero la imaginación de un chaval puede hacer que éste se aleje mucho de la verdad. Ahora sé que por esta región nunca ha habido indios Spadefoot. De hecho, esta porción de agua fue llamada... —El alguacil mascó y escupió—. Fue llamada Spadefoot, debido a una pequeña rana que habita en ella. Joder con la ranita de la vieja laguna Spadefoot.

—¿Floyd, el Estado le provee con algo de dinero para el almuerzo? —preguntó Waxy.

—A la pequeña y maldita verrugosa le gusta la arena; se acomoda debajo de ella. Es feliz con un palmo de arena sobre su lomo. Sólo saldrá de allí por las noches para respirar, o para procrear; la unión no servirá para nada, a menos que esté lloviendo como si fuera el mismísimo diluvio. Mi papaíto solía decir que se podía distinguir en esta especie a las rúas listas, cuando demostraban tener el seso suficiente como para salir fuera los días de lluvia. Mi papaíto tenía una manera muy graciosa de ver el asunto.

—Sí, tendría que haberse dedicado al cine —observó Waxy.

—El ingenio de mi papaíto era bastante parecido a un desierto —explicó el alguacil.

—Ya que menciona el desierto, Floyd —dijo Waxy—, desde esta mañana no he tomado más que un vaso de agua, y también tengo hambre. ¿Es que no pararemos en ningún sitio para almorzar?

—¿Tienes apetito? —preguntó el alguacil—. Ésa es una de las condenadas cosas que todos los asesinos tenéis en común. Coméis como cerdos.

—¿Quién dijo que yo soy un asesino?

—Pienso en el caso de Stevie Harris. Tú te acuerdas de Stevie, ¿no es así?

—Nunca he oído hablar de él.

—Quizá no. Sucedió en otros tiempos; cuando en el distrito todavía se ahorcaba a los asesinos. Bien, lo cierto es que durante una excursión campestre que organizó la parroquia, el joven Stevie Harris sorprendió a su chica, llamada Mary Jane Lukens, detrás de una de las tiendas, en una situación comprometedoramente con un lavaplatos de origen criollo. En su arrebatado, cogió una cuchilla de carnicero que estaba tirada por allí, y rajó con ella a la bonita muchacha, casi en dos mitades. Luego le cortó al criollo casi todo el brazo izquierdo. Fue reducido por algunos miembros de la congregación justo cuando se disponía a atacar sus órganos vitales. El criollo murió al rato, debido a la pérdida de sangre. Stevie podría haber recibido una pena de uno a dos años de prisión si hubiera sido otra clase de tipo; pero hizo algo más que participar en borracheras, riñas y juergas, así que lo juzgaron por haber partido a la preciosa Mary Jane y lo encontraron culpable de homicidio. Bien, desde el día en que le sentenciaron hasta aquel en que le apretaron el cuello, el viejo Stevie Harris estuvo comiendo de manera desenfrenada, como poseído por el propio Satanás. En aquellos sesenta días que pasaron entre el juez y la horca, Stevie engordó cuarenta y cinco kilos. Te lo puedo asegurar, cuarenta y cinco kilos. Yo fui uno de los que le condujeron a pesarse la última noche de su vida. El verdugo tuvo que cambiar, en el último momento, la soga que tenía preparada por otra mucho más resistente.

—¿Pero es que nunca se detiene? —preguntó Waxy.

—Es un hábito nervioso comer como lo hacía Stevie Harris —dijo el alguacil—. Al menos, eso es lo que dice el

doctor Volney. Algunas personas, cuando están nerviosas, comen hasta reventar. En cambio, hay otras que ni siquiera pueden tragar un vaso de agua.

Waxy profirió un gemido.

Durante los siguientes cinco minutos, el alguacil condujo en silencio. Era un conductor bastante calmo, que avanzaba por aquella carretera secundaria a menos de ochenta kilómetros por hora, velocidad indicada en las señales como máxima. El tráfico era escaso. Waxy contempló la coriácea nuca del alguacil y no pudo reprimir una sensación de repugnancia. Tres arrugas atravesaban aquella piel seca, picada de viruelas. Había algo en aquella nuca huesuda que hizo que el estómago de Waxy se revolviere aún más.

—¿Vamos a parar para comer o no? —preguntó finalmente.

—Dentro de poco —prometió el alguacil—. Yo también estoy comenzando a tener hambre.

—¿Qué quiere decir con dentro de poco?

—Pues al mediodía. Al menos, eso es lo que yo me imagino. Espero llegar a mediodía a la frontera interestatal. Allí hay un restaurante que no está mal, el «Calhoum». Se encuentra casi en la frontera. Hacen una carne a la brasa muy sabrosa. ¿Te apetecen unas chuletas a la parrilla, Lustig?

—No rechazaré nada que me ofrezcan. ¿Cuánto falta para llegar a ese sitio?

—Quince o veinte minutos... ¿Por qué lo preguntas? Tú debes saberlo. No eres forastero en estas regiones.

—¿A qué se refiere?

—Has estado aquí anteriormente.

—Es posible.

—Diablos, Lustig, es un hecho.

—Si usted lo dice, Floyd —admitió Waxy con cansancio.

—Es lo que acabo de decir.

—Ustedes los granjeros podrán ser capaces de distinguir un arbusto de otro; pero para mí todos resultan iguales.

—Podrías aguzar la vista.

—Sí, podría —repuso Waxy irónicamente.

Ahora el camino daba a una amplia curva atravesando una zona de marismas. Altos y frondosos, los cipreses se alzaban del pantano por doquier. A su derecha, y en una zona más elevada, florecía una vegetación contrastante: robles blancos y árboles gomíferos negros. Pero Waxy, cuyas nociones sobre la vegetación regional se limitaban casi exclusivamente a los cipreses, no tenía idea de qué podían ser. Sin embargo, la escena pronto comenzó a serle remotamente familiar y de algún modo depresiva. Sí, quizás había estado ya aquí alguna vez; pero sólo de pasada. Cuando había emigrado al Sur desde Cleveland, atravesó docenas de campos lúgubres similares a éste, y todos eran fáciles de olvidar. Waxy se removió incómodo.

—¿Recuerdas alguna cosa? —preguntó el alguacil.

Waxy no se dignó responder. Escuchaba sombrío los ruidos que producía su estómago.

—Hace unos años, yo solía cazar en esta región —continuó el alguacil—. Allí, en aquellas tierras más elevadas, entre los robles blancos y los gomíferos negros. Mapaches y zarigüeyas. En cierta ocasión llegué a cazar un lince. Por allí también se encuentran osos negros. No existe un bicho más pendenciero que un oso negro adulto. Pero en aquellos días tenía un buen perro, el sabueso más fiel que jamás se haya visto, y no me daban miedo los osos negros ni los pardos. Me ayudó a cazar aquel lince. ¡Jesús! Yo le llamaba *Raymond*. Antes había tenido otro galgo, que poseía desde mis años mozos. Pero éste del cual estoy hablando ahora, *Raymond*, era de los que encuentras una sola vez en tu condenada vida.

La monótona charla del alguacil tenía una leve cadencia de rapsodia.

—En apariencia, no era gran cosa. A manchas marrones y de color tostado, salpicado de negro y blanco. El viejo amigo tenía ojos tristes y unas largas orejas caídas. No era

ni por asomo de pura raza. El viejo *Raymond* tenía una buena mezcla de perro vagabundo; pero lo que menos hacía era vagar por ahí. Nunca en mi vida he visto un perro tan persistente. Una vez que encontraba el rastro no había nada sobre la Tierra que pudiera disuadirlo de seguir adelante. Lo puedo jurar. Y cuando el viejo *Raymond* ladraba se le podía escuchar en tres kilómetros a la redonda.

Waxy estaba a punto de dormirse.

—Bien, seguro que este sitio te será muy familiar —dijo el alguacil.

Waxy abrió los ojos.

El coche estaba aminorando su marcha. A la izquierda de la carretera, limitando parte de un sucio corral, se levantaba una cerca de estacas puntiagudas, casi todas flojas, que iba a parar a una entrada sin puerta. Detrás de la cerca, unas gallinas pequeñas picoteaban el árido suelo. La casa de madera de una sola planta, en otro tiempo blanca, era de un gris desteñido y tenía en una esquina una ancha vena marrón, originada por el oxidado canal para la lluvia. En la parte trasera de la casa, había un cobertizo sin pintar, un poco inclinado, y su puerta abierta estaba sostenida por una sola bisagra. Dos cerdos enormes olfateaban sin cesar en un comedero de madera. Un chico vestido con un descolorido mono azul, que se dirigía hacia ellos llevando un cubo, miraba cómo el coche pasaba a su lado despacio.

Waxy reconoció el sitio de inmediato, a pesar de que se había deteriorado muchísimo desde la última y única vez que estuvo allí. Habrían pasado unos tres años desde entonces.

El alguacil debió de observar la expresión de su rostro por el espejo retrovisor, ya que dijo:

—Me imagino que este lugar no te traerá muy buenos recuerdos.

De repente, Waxy intuyó, sin saber por qué, la presencia del peligro.